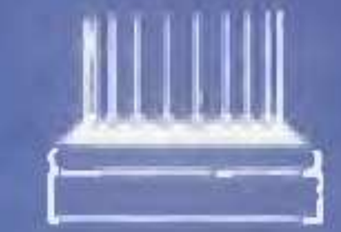
SÓFOCLES

Edipo Rey

Versión de
Francisco R. Adrados

EDICIONES CLÁSICAS

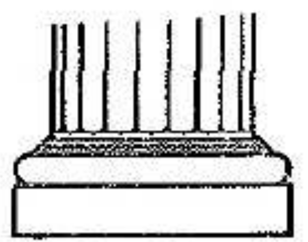


Sófocles

Edipo Rey

Versión de
Francisco R. Adrados





EDICIONES CLÁSICAS
MADRID

Primera edición 1992
Reimpresión 2000

San Máximo 31, 4° 8
Edificio 2000
28041 Madrid

I.S.B.N. 84-7882-083-3
Depósito Legal: M-17452-1992
Impreso en España

Imprime: EDICLÁS
San Máximo 31, 4° 8
Edificio 2000
28041 Madrid

PRESENTACIÓN

El *Edipo Rey* es, quizá, la tragedia que más nos dice sobre la entraña íntima del drama humano, la más moderna, de otra parte, en cuanto a su estructura teatral. Llega directamente a nosostros: es arcaica y contemporánea, poética y sugeridora de mil cosas. Trata, además, un mito bien conocido y que ha influido mucho en el pensamiento contemporáneo.

Para mí es verdaderamente querida porque está unida a muchos recuerdos de mi dedicación al teatro griego. La traducción que hoy se pone en escena es –con ciertos retoques hechos de acuerdo con Pedro Álvarez-Osorio para aproximarla más al público– una ya antigua traducción mía que hace años fue puesta en escena por un grupo de universitarios: en diversas Universidades y teatros al aire libre, incluidos los romanos de Mérida y Sagunto. Es, pues, una versión que está ya bien rodada.

Aprendí mucho al ver la reacción directa de espectadores de ciudades y pueblos de diversos lugares de España. Entraban directamente, con toda naturalidad, en el mito griego y en su dramatización por Sófocles.

Me gustaría que esto continuara siendo cierto ahora que la obra es puesta en escena por un distinguido elenco de profesionales, director y actores, con un planteamiento nuevo.

Hubiera yo preferido, quizá, poner en escena alguna nueva traducción mía de los trágicos griegos: pero reponer ésta, con los retoques indicados y con una puesta en escena totalmente nueva, es un desafío importante.

Ha habido muchos *Edipos*, en España y fuera de España; incluso en Mérida. Este es una apuesta por una versión fiel original, versión que trata de captar y transmitir, además, su aliento poético. Que mantiene los coros antiguos, sin los cuales una tragedia no es tragedia, e incluso, en lo posible, el canto de los mismos: sus intervenciones las presentamos en cursiva.

Edipo rey es una tragedia que ofrece una investigación diríamos que policíaca y, al tiempo, una investigación sobre el ser mismo del hombre. Aunque sujeta a interpretaciones múltiples. Porque Edipo, juguete del azar y de tantas coerciones que le cercan, con las que choca sin saberlo ni quererlo, luchando con valor e inteligencia por escapar de la red que en torno se estrecha, es la imagen misma del hombre que busca libertad y busca saber y que choca con toda esa zona oscura que le rodea y ante la que naufragan su saber y su inteligencia.

Es trágico el destino de Edipo y hay grandeza en él. La condena que ha lanzado contra el asesino de Layo cae sobre él mismo, este es el terrible descubrimiento:

es él el asesino, el esposo de su madre. Ha de exiliarse, ciego. Al menos, la ciudad queda así liberada de la peste y él encuentra el consuelo de la compañía de sus hijas. Y se convierte en una especie de santo patrón de Tebas, objeto de veneración. Aunque esto es ya en la otra tragedia, el *Edipo en Colono*.

Es bien sabido, una representación arqueológica de una tragedia es no sólo imposible, también indeseable. Lo que pretendemos es despertar en nuestro público las sensaciones que experimentaba el antiguo. Para ello hay que ser fieles al texto del poeta antiguo, humildemente fieles, sin alharacas de supuestas modernidades y genialidades. Pero los límites son estrechos, las soluciones siempre difíciles. El público dirá en qué medida hemos acertado todos al intentar hacer vivir al público de hoy el drama de Edipo, hacerlo humano en general. Meditar y sentir sobre él, como si fuera nuestro.

* * *

Edipo Rey

---

de Sófocles

PERSONAJES

EDIPO, rey de Tebas.
YOCASTA, su esposa y madre, viuda de Layo.
CREONTE, hermano de Yocasta.
TIRESIAS, adivino, ciego, anciano.
MENSAJERO de Corinto.
MENSAJERO SEGUNDO.
SIERVO, antiguo pastor de Layo.
CORIFEO.
CORO de ciudadanos de Tebas.
Suplicantes con un SACERDOTE a la cabeza.
Las dos hijas de Edipo, Antigona e Ismene,
aún niñas, criados y doncellas
del palacio. (No hablan)

La escena es en Tebas.
Ante el palacio.

(Ante el palacio de Edipo se encuentran el Sacerdote y un coro mudo de ciudadanos suplicantes)

EDIPO.– Hijos, generación nacida de aquel antiguo Cadmo, fundador de Tebas, ¿por qué en mi presencia estáis ante los altares con ramos de suplicantes? La ciudad está al tiempo inundada de perfumes, de cantos de peanes, de lamentos; no quiero oír de otros mensajeros que vosotros qué significa esto; por eso estoy aquí, yo, a quien todos llaman el glorioso Edipo. ¡Ea!, pues, anciano, explícate, pues por tu edad debes hablar antes que éstos: ¿por qué estáis aquí? ¿Por miedo, o a implorar? ¡Habla sabiendo que yo quiero ayudaros en todo, porque sería insensible si no me apiadara ante una súplica como ésta!

SACERDOTE.– Pues bien, Edipo, rey de mi patria, ves de qué edades tan dispares somos los que estamos sentados ante tus altares: unos aún no tienen fuerza para un largo vuelo; otros somos sacerdotes ya torpes por la edad –yo, lo soy de Zeus–; estos otros son los mejores de los jóvenes, y la multitud restante está sentada en las plazas con sus ramos de suplicantes, tanto junto a los dos templos de la diosa Palas como al de Apolo a orilla del Ismeno, altar de cenizas augurales.

Pues la ciudad, como tú mismo ves, sufre el embate de un fuerte temporal, y no puede levantar su

cabeza del fondo de sus olas de sangre. Perece en los frutos abortados de la tierra, perece en los rebaños de vacas y en los partos sin hijos de las mujeres; y, además, el dios que lleva el fuego, la peste odiosa, azota impetuoso a la ciudad y el negro Hades atesora lamentos y gemidos. No es por creerte igual a los dioses por lo que yo y estos jóvenes estamos sentados junto a tus altares; pero sí porque eres el primero de los hombres en los azares de la vida y en la conciliación de los seres celestiales, pues que viniste a la ciudad de Tebas y nos libraste del tributo que pagábamos a la dura cantora; y ello sin habernos oído nada más que los otros ni haber sido instruido en el secreto, sino con la ayuda de un dios, según se dice y cree, que ha enderezado nuestra vida.

Pues bien, también ahora, ¡oh, Edipo, glorioso más que nadie a los ojos de todos!, todos los suplicantes te imploramos que nos encuentres una ayuda, ya sea porque hayas oído la voz enviada por alguno de los dioses, ya que algo sepas por boca de los hombres. Yo sé que los consejos de las personas de experiencia obtienen mejor el éxito. Ea, ¡oh, el mejor de los mortales!, haz erguirse de nuevo a esta ciudad; cuídate de tu fama: ya que esta tierra te llama ahora su libertador por tu celo de antaño; y haz que jamás nos acordemos de tu reinado como de un tiempo en que nos pusimos en pie y luego caímos: ¡levanta a esta ciudad dejándola segura! En aquella ocasión nos diste la salud con un agüero favorable:

¡se igual ahora con nosotros! Que si has de reinar sobre esta tierra de la que ahora eres señor, más bello será hacerlo estando poblada que desierta, pues nada es ni una ciudad fuerte ni una nave sin los hombres que la ocupan.

EDIPO.– ¡Oh, hijos doloridos! Me es conocido, y no ignorado, aquello que buscáis; porque bien sé que sufrís todos y, sufriendo, no hay ninguno que padezca igual que yo. Vuestro dolor afecta a cada uno de por sí y a nadie más; pero mi alma llora por la ciudad; por mí y por ti a la vez. Por ello, no me habéis despertado de mi sueño; estad seguros de que he vertido muchas lágrimas y he recorrido muchos caminos en mi mente. Y el único remedio que he encontrado, después de mirar mucho, ése lo he puesto: he enviado a Creonte, mi cuñado, al templo de Apolo Pítico, a que inquiera qué he de hacer o decir para salvar a esta ciudad. Al calcular el tiempo transcurrido, estoy inquieto por lo que pueda haberle ocurrido; pues tarda más del tiempo necesario, fuera de toda previsión. Pero cuando llegue, seré yo un hombre vil si no hago todo cuanto revele el Dios.

SACERDOTE.– En momento oportuno lo dijiste, pues éstos me indican que Creonte llega.

EDIPO.– ¡Apolo Soberano, que traiga una noticia salvadora comparable al resplandor de sus ojos!

SACERDOTE.– A lo que se ve, trae buenas nuevas; en otro caso no vendría así, con una corona de laurel.

(Se aproxima Creonte)

EDIPO.– Lo hemos de saber pronto; está a distancia para poder oír. Cuñado, hijo de Meneceo, ¿qué respuesta del dios nos traes?

CREONTE.– Buena; pues hasta las desdichas, si tienen un buen fin, se trocan en venturas.

EDIPO.– ¿Mas, cuál es la respuesta? Pues por lo que hasta ahora has dicho, no estoy ni confiado ni temeroso.

CREONTE.– Si deseas oírla estando ellos delante, estoy dispuesto a hablar; e igual si quieres estar dentro.

EDIPO.– Habla ante todos: pues es por éstos más que por mí mismo por quienes tengo el duelo.

CREONTE.– Voy a decir lo que escuché del dios. Febo nos ha ordenado claramente expulsar del país a la impureza que, según dice, ha arraigado en él y a no dejarla que prospere incurable.

EDIPO.– ¿Mediante qué rito? ¿Nuestra desgracia, en qué consiste?

CREONTE.– Desterrando al culpable o vengando la muerte con la muerte, por que esta sangre es la que trae el temporal a la ciudad.

EDIPO.– ¿Y a la muerte de qué hombre se refiere?

CREONTE.– En tiempos, señor, era Layo el rey de esta tierra, antes de gobernar tú esta ciudad.

EDIPO.– Lo sé de oídas; porque jamás lo vi.

CREONTE.– Ahora nos manda castigar a los culpables de su muerte.

EDIPO.– ¿Y dónde están? ¿Dónde se encontrará la oscura huella de esta antigua culpa?

CREONTE.– Dijo que aquí. Lo que se busca es posible encontrarlo: en cambio, aquello de lo que nadie se preocupa nos pasa inadvertido.

EDIPO.– ¿Fue en el palacio o fue en el templo en donde Layo halló la muerte? ¿O fue en tierra extranjera?

CREONTE.– Marchó a visitar el santuario de Delfos, según dijo, y ya no volvió a casa una vez que partió.

EDIPO.– ¿Y no lo vio algún caminante, algún acompañante que, al darnos noticia, nos pudiera ayudar?

CREONTE.– Han muerto, salvo uno que huyó atemorizado, y, fuera de una cosa, nada puedo decir a ciencia cierta de lo que vio.

EDIPO.– ¿Qué cosa? Pues una sóla podría ser el camino para enterarnos de otras muchas, si halláramos un pequeño principio de esperanza.

CREONTE.– Dijo que unos bandidos, saliéndole al encuentro, lo mataron. No un hombre solo, sino una multitud.

EDIPO.– ¿Y cómo esos bandidos, si no se tramó todo desde aquí con ayuda de dinero, habrían llegado a tanta audacia?

CREONTE.– En eso se pensó; pero después que murió Layo, no hubo, en nuestro infortunio, nadie que saliera en su defensa.

EDIPO.– ¿Y cuál fue ese infortunio que impidió, cuando el trono cayó de esta manera, que ello se descubriera?

CREONTE.– La esfinge, la cantora de enigmas, nos forzaba a cuidarnos de lo más inmediato, dejando lo dudoso.

EDIPO.– Voy a aclararlo todo desde el comienzo mismo. Febo, tiene toda la razón, y tú mismo, al preocuparos del muerto; y, como es justo, me hallaréis como aliado, defendiendo a esta tierra y al dios al mismo tiempo. No es en defensa de amigos alejados, sino en la de mí mismo, como esta mancha he de limpiar. Quienquiera que fuese el que a Layo dio muerte, podría quererme dar la muerte con su mano culpable. Ayudándole a él, a mí mismo me ayudo.

¡Ea, deprisa, hijos, levantaos recogiendo esos ramos suplicantes! Que alguien reúna aquí al pueblo de Tebas, porque ningún recurso he de dejar: o seremos dichosos con ayuda del dios, o pereceremos.

SACERDOTE.– Hijos míos, levantémonos, pues vinimos aquí en busca de las cosas que Edipo nos promete. Y Febo, que ha enviado esta respuesta de su oráculo, venga cual salvador y acabe con la peste.

CORO

Est. 1 *De Zeus dulce voz, ¿cuál has llegado desde el áureo*
Delfos a la gloriosa
Tebas? Me torturo, tiembla de miedo el angustiado corazón,
Apolo Delio, salvador.
Temo a causa de ti: ¿qué cosa nueva
envías, o repetida con los años?
Dilo, hija del áurea Esperanza, Fama inmortal.

Ant. 1 *Te invoco la primera, hija de Zeus, Atenea inmortal;*
luego a nuestra patrona,
a Ártemis, sentada en su trono glorioso de la plaza;
y a Febo el flechador.

Venid, debeladores de la muerte.
Si amenazando antaño la desgracia,
desterrásteis la llama del dolor, venid también ahora.
Est. 2 *¡Ay me! Sufro dolores incontables.*
Todo mi pueblo se halla enfermo, ni hay lanza del ingenio
con la cual defenderse. Ni los frutos
maduran de la tierra, ni los partos
compensan el dolor de las mujeres:
a uno tras otro puedes ver lanzarse, como a un pájaro alado,
más rápido que el fuego incontenible
hacia la orilla del sombrío dios.
Ant. 2 *La ciudad muere en número infinito;*
propagando la peste, yacen sus hijos en el suelo
sin piedad; y las viudad y las madres
con sus canas, lloran en los altares
por doquier, suplicando en su dolores:
brilla el peán, brilla la voz que gime en unión de la flauta;
tú por ello, dorada hija de Zeus,
envíanos tu ayuda sonriente.
Est. 3 *Y que Ares, el violento, que ahora sin el bronce de las armas*
me hace arder, atacándome entre gritos,
se aleje a la carrera de mi patria
y que el viento le lleve al Océano,
vasta morada del Anfitrita,
o al puerto hostil al extranjero,
a las olas de Tracia;
pues si la noche algo no acaba
viene el día detrás a terminarlo;
a este dios, ¡oh, señor

del relámpago ígneo,
padre Zeus, aniquílale al fin bajo tu rayo!
Ant. 3 *Rey Licio, Apolo, quisiera que tus flechas indomables*
volaran desde el oro de tu arco
cual protectoras nuestras, y con ellas
de Ártemis las antorchas, con las cuales
va a la carrera por los montes.
Y llamo al dios de la aúrea banda
que da nombre al país,
a Baco llamo de faz roja:
¡que con las ménades viniendo
se acerque con el fuego
de un pino envuelto en llamas,
aliado contra el dios que está maldito de los dioses!

EDIPO.– Pides; y lo que pides, si es que quieres, oyendo mis palabras, escucharlas y remediar la peste, recibirás: ayuda y alivio en tus desgracias. Son palabras de un hombre que es ajeno a lo que se dijo o sucedió; no podría llegar lejos rastreando si no tuviera algún indicio. Ahora, como soy ciudadano entre los ciudadanos desde una fecha más reciente, proclamo ante todos los tebanos lo siguiente: el que de entre vosotros sepa a manos de quién murió Layo, el hijo de Lábdaco, a ése, le ordeno darme cuenta de todo; si tiene miedo, que se anticipe en acusarse a sí mismo: ningún otro castigo sufrirá fuera de irse, sin ser tocado, de esta tierra. Y si hoy sabe que el criminal es un extraño de otra ciudad, que no se calle: yo le daré la recompensa y además tendrá mi gratitud. En cambio, si calláis y alguno, por temor, no cumple

mi orden denunciando a su amigo, o a sí mismo, lo que he de hacer entonces, oíd de mí:

Prohibo que a este hombre, sea quienquiera, nadie en este país, cuyo gobierno y trono rijo, le dé acogida ni le hable ni haga en su compañía ofrendas o plegarias a los dioses o le dé agua lustral; échenle fuera todos de sus casas, pues es para nosotros una mancha: el oráculo pítico de Apolo acaba de decírmelo.

Tal aliado soy para el rey muerto y para el dios de Delfos; y maldigo al culpable, sea uno o alguien en compañía de varios: ¡que ese infame pierda, en forma infame, su vida miserable!

¡Pido para mí mismo, si llega a entrar en mi palacio con mi conocimiento, que sufra yo la maldición que a éstos he lanzado! ¡Yo os ordeno que cumpláis todo esto en interés mío, del dios, y de esta tierra arruinada así, sin frutos, sin ayuda de los dioses!

Porque aunque el crimen no hubiera sido recordado por el dios, no era normal que lo dejáseis sin limpiar, habiendo muerto un hombre noble, un rey, sino al contrario, que lo investigáseis hasta el fin. Y ahora, pues que tengo el poder que él tuvo un tiempo, tengo su lecho y la mujer que ambos hicimos nuestra, e hijos comunes nos habrían nacido si no se hubiese malogrado su progenie –ya que la fortuna se abatió sobre su cabeza–; por todo ello, yo le presto mi alianza, tratando de encontrar al asesino para vengar al hijo de Lábdaco, de Polidoro, del viejo Cadmo y del más viejo Agenor, ¡a Layo!

¡Pido a los dioses que para aquellos que no cumplan mis palabras, no hagan crecer las mieses de la tierra, ni nacer los hijos de sus mujeres, sino que mueran con la muerte que ahora sufren y aun una peor! A los otros tebanos a quienes place todo esto, ¡ojalá la Justicia aliada y todos los demás dioses os escuchen de por siempre!

CORIFEO.– Obligado por tus imprecaciones, voy, señor, a contestarte. Ni he matado ni puedo mostrarte al matador. En cuanto a esa búsqueda, correspondía a Febo, que la ha dirigido, decir quien fue el culpable.

EDIPO.– Es justo lo que has dicho; pero ningún hombre podría obligar a los dioses a aquello que no quieren.

CORIFEO.– Voy a decir lo que, en segudo lugar, me parece mejor.

EDIPO.– Aunque sea lo mejor en tercer término, no dejes de decirlo.

CORIFEO.– Sé que Tiresias es quien, antes que nadie, ve lo mismo que el rey Apolo; si investigáramos el caso con su ayuda, sería la mejor forma de aclararlo.

EDIPO.– Tampoco he dejado esto sin hacer. A instancias de Creonte le he enviado dos mensajeros: debían haber llegado ya hace tiempo.

CORIFEO.– Fuera de este remedio, en verdad, lo demás son palabras ya apagadas y lejanas.

EDIPO.– ¿Cuáles? Yo quiero investigar toda palabra.

CORIFEO.– Se dice que murió a manos de unos caminantes.

EDIPO.– También yo lo he oído; mas nadie sabe de quién esto vio.

CORIFEO.– Si sabe lo que es miedo, no seguirá callado después de oír tus maldiciones.

EDIPO.– Al que no tiene miedo al obrar, una palabra no le atemoriza.

CORIFEO.– Hay quien puede ponerlo al descubierto. Aquí nos traen ya al divino profeta; sólo a él entre los hombres le es innata la verdad.

(Llega Tiresias)

EDIPO.– ¡Oh, Tiresias, tú que todo lo sabes, lo que puede decirse y lo secreto, lo que pasa en el cielo y en la tierra! Esta ciudad, aunque no ves, tú sabes, sin embargo, qué enfermedad padece; eres el único protector, el único salvador que le encontramos.

Pues Febo, si no lo oíste ya a mis mensajeros, esta respuesta dio a nuestra pregunta: solamente vendrá el fin de este mal si, descubriendo a los asesinos de Layo, los matamos o fuera de esta tierra los expulsamos desterrados.

Tú, pues, no calles la respuesta de las aves ni otro camino alguno de la adivinación; y sálvate a ti mismo, y a la ciudad, y sálvame y aleja toda la impureza nacida de la víctima. En tus manos estamos: ¡que un hombre ayude a otros en lo que puede y es capaz, es la más noble de todas las acciones!

TIRESIAS.– ¡Ay, ay, cuán terrible es saber, cuando no paga los gastos al que sabe!

Yo sé esto muy bien, mas lo había olvidado; en otro caso, no hubiera venido aquí.

EDIPO.– ¿Qué sucede? ¡Con qué desánimo has llegado!

TIRESIAS.– Déjame ir a mi casa; mucho mejor tú y yo soportaremos de esta manera nuestra vida, si me haces caso.

EDIPO.– No has dicho cosa justa ni que pruebe tu amor a esta ciudad, que te ha criado, al denegarle la respuesta.

TIRESIAS.– Es que veo que no pronuncias tus palabras con oportunidad para ti mismo; no quiero que me pase a mí lo propio.

EDIPO.– Por los dioses, si lo sabes, no te niegues; te lo pedimos todos éstos suplicantes.

TIRESIAS.– Es que no lo sabéis. Mas no hay cuidado de que yo revele mis desdichas...por no decir las tuyas.

EDIPO.– ¿Qué dices? ¿Sabiéndolo, no vas a hablar, sino que piensas traicionarnos y arruinar la ciudad?

TIRESIAS.– Ni a mí ni a ti quiero causar dolor. ¿Por qué en vano me preguntas esto? De mí no vas a conocerlo.

EDIPO.– ¿No vas, vil entre viles –hasta a una piedra haría airarse–, no vas jamás a hablar? ¿Vas a mostrarte así, insensible, inútil?

TIRESIAS.– Censuras mi manera de ser; pero no ves la que hay dentro de ti y por eso me criticas.

EDIPO.– ¿Y quién sería capaz de no indignarse oyendo esas palabras con que tú ahora haces ultraje a la ciudad?

TIRESIAS.– Son cosas que vendrán, aunque yo las envuelva en mi silencio.

EDIPO.– Pues bien, si han de venir, tú debes revelármelas.

TIRESIAS.– No quiero decir más. Ante esto, si te place, enfúrecete con la cólera más fiera.

EDIPO.– Ninguna cosa he de callar, según estoy de airado, de las que ya imagino. Sabe que me pareces haber tramado el crimen y haberlo ejecutado, salvo que no has matado con tu mano; y si pudieras ver, diría que el crimen había sido obra de ti solo.

TIRESIAS.– ¿De verdad? Te requiero a que cumplas la proclama que has lanzado: ¡desde este día no nos hables ni a éstos ni a mí, pues eres tú el impío que contamina a este país!

EDIPO.– ¿Tan impúdicamente lanzaste estas palabras? ¿Dónde piensas huir de esto que has hecho?

TIRESIAS.– Estoy ya a salvo: llevo en mí la verdad, ésta es mi fuerza.

EDIPO.– ¿Y de quién la aprendiste? Sin duda, de nadie de tu oficio.

TIRESIAS.– De ti; tú me forzaste a hablar, mal de mi grado.

EDIPO.– ¿Qué palabras? Dilas de nuevo, para enterarme así mejor.

TIRESIAS.– ¿No me entendiste? ¿O quieres sonsacarme con tu charla?

EDIPO.– No te he entendido en forma que quedara enterado. Habla de nuevo.

TIRESIAS.– Digo que eres el asesino, ése a quien buscas.

EDIPO.– No te reirás si dices dos veces esa infamia.

TIRESIAS.– ¿Qué más he de decir, para que más te encolerices?

EDIPO.– Tú di lo que desees, pues será dicho en vano.

TIRESIAS.- Digo que no advertiste que tenías un trato infame con los más queridos ni ves adónde llega tu desgracia.

EDIPO.– ¿Crees que vas a decir siempre esto sin lágrimas?

TIRESIAS.– Sí, si es que tiene fuerza la verdad.

EDIPO.– La tiene, pero no para ti; no existe porque eres ciego de los oídos, del pensamiento y de los ojos.

TIRESIAS.– Y tú eres desgraciado por censurarme cosas que ninguno de éstos dejará de censurarte muy en breve.

EDIPO.– Te envuelve eterna noche; ni a mí ni a ningún otro que vea la luz puedes causarnos daño.

TIRESIAS.– No es tu destino caer víctima de mí; Apolo es suficiente, a cuyo cargo está llevar esto adelante.

EDIPO.– ¿Es tuya o de Creonte esta maquinación?

TIRESIAS.– No es Creonte ningún mal para ti; pues lo eres tú para ti mismo.

EDIPO.– ¡Oh, riqueza y poder y astucia que triunfa de la astucia en las querellas de la vida, cuán grande envidia atesoráis si por esta realeza que la ciudad me dio como un regalo, que no la pedí yo, Creonte el fiel, el amigo de siempre, me ataca con insidias y desea destronarme lanzándome este brujo, este tramposo, este embustero charlatán, que tiene vista sólo para el lucro, pero es ciego en su arte!

Ea, dime, vamos; ¿en qué ocasión te has revelado adivino veraz? ¿Por qué, cuando la perra cantora estaba aquí, no dijiste a estos ciudadanos ninguna

palabra salvadora? En verdad, explicar el enigma no era una empresa de cualquiera, sino que requería arte adivinatoria; y no se vio que la tuvieses, ni sacada del vuelo de las aves, ni revelada por alguno de los dioses; fui yo, Edipo, el que nada sabía, el que hube de hacerla callar, hallando la respuesta por mí mismo, y no aprendiéndola del vuelo de las aves. ¡Yo, a quién tú intentas destronar, esperando estar cerca del trono de Creonte! Creo que tú y el que ha tramado todo esto vais a expulsar al hombre impuro con llanto propio; y si no viera que eres un anciano, aprenderías a tu costa de qué clase es tu ciencia.

CORIFEO.– Edipo, según nuestra opinión, lo mismo sus palabras que las tuyas fueron dichas con ira. No son estas palabras las que resultan necesarias, sino buscar cómo mejor descifraremos el oráculo del dios.

TIRESIAS.– Aunque tú eres el rey, he de tener igual derecho, al menos, a darte igual respuesta; esto lo puedo yo también. Pero no vivo como esclavo tuyo, sino de Apolo; así, no voy a empadronarme con Creonte por patrono. Te digo, ya que tú como a ciego me injuriaste: teniendo vista, tú no ves a qué punto has llegado de desgracia, ni dónde moras, ni con quién vives. ¿Sabes de quienes has nacido? ¿No te das cuenta de que eres enemigo de los tuyos, de los muertos y de los vivos?

La doble maldición, de implacable paso, de tu madre y tu padre ha de expulsarte un día de esta tierra, un día en el que tú, que tienes ahora vista, sólo

verás las tinieblas. De tu clamor, ¿qué valle del Citerón no será puerto?, ¿qué valle no hará eco cuando te enteres de la boda a la que dentro de tu casa navegaste –a un puerto que no es puerto– encontrando bonanza? Ni ves la multitud de otras infamias que te habrán de igualar con tus hijos.

¡Después de esto, injuria a Creonte y a mi lengua; pues no hay mortal alguno que vaya a ser nunca aplastado en una forma más infame!

EDIPO.– ¿Es tolerable oír de éste tales cosas? ¿No te irás a la ruina rápidamente? ¿No darás media vuelta y te irás de este palacio?

TIRESIAS.– No habría venido, si no me hubieras convocado.

EDIPO.– Ignoraba que hubieras de decir palabras insensatas; jamás en ese caso te habría hecho venir a mi palacio.

TIRESIAS.– Yo soy, según tú crees, un insensato; pero para los padres que te dieron el ser, un hombre sabio.

EDIPO.– ¿Cuáles? Espera. ¿Quién me ha engendrado a mí entre los mortales?

TIRESIAS.– Este día mostrará tu nacimiento y causará tu ruina.

EDIPO.– Por demás enigmático y oscuro es lo que dices.

TIRESIAS.– ¿No naciste el más hábil en descifrar enigmas?

EDIPO.– Injúriame en las cosas en que el más grande me hallarás.

TIRESIAS.– Y, sin embargo, es este azar el que te ha perdido.

EDIPO.– Si he salvado con ello a esta ciudad, nada me importa.

TIRESIAS.– Me marcho, pues; llévame, niño.

EDIPO.– Que se lo lleve; aquí presente, estorbas y molestas, mientras que, yéndote, no vas a darme más dolor.

TIRESIAS.– Me voy diciendo aquello para lo que vine, sin tener miedo de tu rostro; pues no puedes causarme mal alguno. Yo te digo: ese hombre al que buscas hace tiempo, amenazando y lanzando proclamas sobre la muerte del rey Layo, está aquí: pasa por extranjero aquí asentado, pero pronto se verá que ha nacido tebano y no se alegrará de esa fortuna: ciego en vez de vidente, mendigo en vez de rico, recorrerá tierras extrañas tanteando el suelo ante sí con un bastón; verán todos que es al mismo tiempo padre y hermano de los hijos con quien vive, hijo y esposo de la mujer de que nació y heredero del lecho y asesino de su padre. Penetra en el palacio y reflexiona sobre esto; y si descubres que he mentido, entonces puedes afirmar que ignoro el arte de la profecía.

(Salen Tiresias y el Lazarillo)

CORO

Est. 1 *¿Quién es el que la roca profética de Delfos*
dice que ha hecho la infamia con sus manos
sangrientas?
Hora es de que en la fuga
tenga un pie más veloz que los corceles

al viento semejantes;
pues armado de fuego y de relámpagos
de Zeus el hijo contra él se lanza.
Y detrás de él caminan
los Hados implacables.

Ant. 1 *Ha brillado en la altura nevada del Parnaso*
una voz: ¡que todos busquen al desconocido!
Camina por el bosque
salvaje, por las cuevas y las rocas,
a un toro semejante,
triste y solo en su marcha sola y triste;
de sí alejar pretende los oráculos
de Delfos; pero siempre
vuelan en torno.

Est. 2 *El sabio augur me causa terrible turbación.*
Ni apruebo ni deniego; no sé lo que decir.
Vuelo en presentimientos, más ignoro el
presente y el futuro.
Pues qué querella había entre los Labdácidas
y el hijo de Pólibo ni antes ni ahora sé,
querella en que apoyarme para alzarme
contra el nombre de Edipo entre el pueblo de Tebas
y vengar una muerte no aclarada.

Ant. 2 *Son sabios Zeus y Apolo y no ignoran las cosas*
de los mortales; pero que valga un adivino
más que yo, no es sentencia verdadera: la
ciencia con su ciencia
un varón es capaz de superar.
Antes de tener pruebas no escucho a los que acusan.
Pues la virgen alada contra Edipo
lanzóse un día y se le vio sabio y amigo:
jamás le acusaré de ningún crimen.

(Llega Creonte)

CREONTE.– Ciudadanos, al enterarme de que el rey Edipo me hace objeto de acusaciones graves, me he presentado aquí, desesperado. Pues si en los infortunios actuales cree haber sufrido de mi parte, en palabras o en obras, algo que le haga mal, no tengo yo deseo de una vida dilatada si ha de decirse esto de mí. Porque esta mala fama no es para mí un único castigo, sino uno muy grande, al ser llamado infame en la ciudad y por ti mismo y por mis amigos.

CORIFEO.– Sí; mas quizá esta injuria pudo venir bajo el imperio de la ira más que del pensamiento de la mente.

CREONTE.– ¿Lo que se dijo fue que persuadí yo al adivino a pronunciar palabras embusteras?

CORIFEO.– Esto es lo que se dijo, no sé con qué intención.

CREONTE.– ¿Y con ojos serenos y mente no turbada se lanzó contra mí esa acusación?

CORIFEO.– No sé; no tengo ojos para lo que hace el soberano. Mas hele aquí que sale del palacio.

(Edipo sale del palacio)

EDIPO.– ¿Cómo has venido aquí? ¿O llega a tanto tu impudor que has acudido a mi palacio, tú, que eres claramente mi asesino y el ladrón descarado de mi trono? Ea, di, por los dioses: ¿fue al ver en mí locura o cobardía por lo que te decidiste a obrar así? ¿O es que pensaste que no iba a descubrir tu plan, que me atacaba con engaños, o que, si me enteraba, no me iba a defender? ¿Y no ves que tu intento era in-

sensato, perseguir sin ayuda del pueblo ni de amigos la realeza, que sólo es rendida por el número y el oro?

CREONTE.– ¿Sabes lo que has de hacer? En respuesta a tus palabras, óyeme un tiempo igual; luego juzga tú mismo, una vez enterado.

EDIPO.– Tú eres hábil para hablar y yo muy poco para comprenderte, pues te he encontrado hostil y mal intencionado para conmigo.

CREONTE.– Escúchame primero mi explicación de esto.

EDIPO.– No vayas a decirme que no eres un villamo.

CREONTE.– Si piensas que el orgullo irrazonable es bueno, no juzgas bien.

EDIPO.– Si piensas que insidiando contra un hombre de tu sangre no sufrirás castigo, no juzgas bien.

CREONTE.– De acuerdo con que eso que has dicho es justo. Ahora, instrúyeme del daño que dices que has sufrido.

EDIPO.– ¿Me persuadiste o no me persuadiste de que debía enviar a alguien a buscar a ese...sabio adivino?

CREONTE.– Y continúo pensando de igual modo.

EDIPO.– ¿Cuánto hace que Layo...

CREONTE.– ¿Hizo qué cosa? No comprendo tu intención.

EDIPO.– ...sufrió muerte violenta?

CREONTE.– Habría que calcular un largo tiempo; es una fecha antigua.

EDIPO.– ¿Ejercía entonces su arte ese adivino?

CREONTE.– Igual era de sabio, igual le honraban.

EDIPO.– ¿Hizo mención de mí en aquellas fechas?

CREONTE.– Jamás, al menos ante mí.

EDIPO.– ¿E hicisteis pesquisas sobre el crimen?

CREONTE.– Las hicimos, ¿cómo no? Mas nada averiguamos.

EDIPO.– ¿Y cómo es que ese sabio no dijo nada entonces?

CREONTE.– No sé; pues sobre lo que ignoro prefiero estar callado.

EDIPO.– Al menos sabes una cosa y la dirás, pues que me estimas.

CREONTE.– ¿Cuál? Pues si yo la sé, no he de negarla.

EDIPO.– Que si no se hubiera unido a ti, jamás habría dicho que yo asesiné a Layo.

CREONTE.– Si afirmas eso, tú lo sabrás; por mi parte, quiero aprender de ti tanto como tú de mí.

EDIPO.– Aprende lo que quieras; no seré hallado culpable de una muerte.

CREONTE.– Dime: ¿estás casado con mi hermana?

EDIPO.– No puedo denegar lo que preguntas.

CREONTE.– ¿Gobiernas el país igual que ella, dándole igual poder?

EDIPO.– Todo lo que desea, lo consigue de mí.

CREONTE.– ¿Y no es cierto que, como un tercero, soy igual que vosotros?

EDIPO.– Por esto mismo has resultado un amigo traidor.

CREONTE.– No, si reflexionas como lo hago yo. Mira primero esto. ¿Crees que alguien prefiere ser rey entre temores a reinar sin temblar, teniendo igual poder? No es mi naturaleza la de querer ser rey en vez de poseer poder real; ni la de nadie que sea un hombre cuerdo. Ahora de ti lo obtengo todo sin

sentir miedo; si, en cambio, gobernara yo mismo, habría de hacer mil cosas contra mi voluntad. ¿Cómo me iba a ser más agradable la realeza que tener el poder y un mando sin pesares?

No estoy tan ofuscado que desee otra cosa que lo que es a un tiempo honroso y útil. Ahora, todos me desean prosperidad y todos me saludan; ahora, todos los que te necesitan, a mí me buscan, porque de mí depende su esperanza. ¿Cómo iba yo a tomar aquello y dejar esto? Una cabeza que bien piensa no admite la traición. Ni siento esa ambición ni iría al lado de alguien que obrara así.

Como prueba de esto, ve a Delfos y pregunta si he anunciado exactamente la respuesta; o, si hallas que he tramado alguna cosa en unión del adivino, no me mates con un voto solamente, sino con dos: el mío y el tuyo. Pero no me acuses con sólo una sospecha incierta; pues no es justo juzgar hombres de bien a los malvados o, al contrario, malvados a los hombres de bien. Y el apartar de sí a un fiel amigo es igual, yo lo afirmo, que quitarse la vida, lo que más ama cada uno. Con el paso del tiempo aprenderás bien esto, pues es el tiempo el único que muestra al hombre justo, mientras que al malo en un único día podrías reconocerle.

CORIFEO.– Bien hablado, señor, para uno que procure no caer; porque los hombres de decisiones rápidas no son seguros.

EDIPO.– Cuando el que ataca con insidias marcha rápido, también yo debo decidir con rapidez. Si me

quedo inactivo, los planes de éste serán ya hechos, y los míos, fracasos.

CREONTE.– ¿Y cuál es tu deseo? ¿Desterrarme?

EDIPO.– En modo alguno, tu muerte, no tu destierro, es lo que quiero, a fin de que sirvas de ejemplo de qué cosa es la envidia.

CREONTE.– ¿Hablas como hombre que no cede ni me cree?

EDIPO.– Tampoco cedes tú ante mí.

CREONTE.– Es que veo que no razonas con cordura.

EDIPO.– Sí, en lo que me concierne.

CREONTE.– Debías hacerlo igual en lo que a mí me atañe.

EDIPO.– Es que eres un malvado.

CREONTE.– ¿Y si no entiendes nada?

EDIPO.– Me debes obediencia en todo caso.

CREONTE.– No, si gobiernas mal.

EDIPO.– ¡Oh, Tebas, Tebas!

CREONTE.– También a mí, no sólo a ti, me importa Tebas.

EDIPO.– Cesad, señores; porque veo aquí que, oportuna, viene Yocasta a vuestro encuentro, con cuya ayuda deberíais poner fin a esta disputa.

(Sale Yocasta del palacio)

YOCASTA.– Desgraciados, ¿por qué habéis comenzado esta loca disputa? ¿No os da vergüenza, cuando así sufre Tebas, de remover cuestiones vuestras?, ¿No entrarás en palacio, y tú, Creonte, en tu casa, evitando agrandar una cosa pequeña?

CREONTE.– Hermana, Edipo, tu marido, cree justo castigarme cruelmente, habiendo decidido o expulsarme de la patria o darme muerte.

EDIPO.– Estoy de acuerdo, le he sorprendido, esposa mía, atentando contra mí con malas artes.

CREONTE.– Que no saque provecho, sino muera maldito, si he hecho contra ti algo de lo que dices.

YOCASTA.– Cree esto, Edipo, por los dioses, respetando ante todo su imprecación y luego a mí y a éstos que se encuentran ante ti.

Est. 1

CORO.– *Créelo de grado, reflexiona, señor, lo ruego.*
EDIPO.– *¿En qué quieras que ceda?*
CORO.– *Escucha al que antes no era un necio; ahora*
su juramento le hace grande.
EDIPO.– *¿Conoces lo que quieres?*
CORO.– *Lo conozco.*
EDIPO.– *Explícame que dices.*
CORO.– *No expulses al amigo que ha jurado,*
por una culpa oscura, deshonrado.
EDIPO.– Sábelo bien: cuando esto pides, pides
la muerte o el destierro para mí.

Est. 2

CORO.– *No, por el más alto de los dioses,*
el Sol: muera sin dioses, sin amigos,
si éste es mi sentir.
Pero mi patria que perece, angustia
mi alma desgraciada si se añaden
infortunios recientes a los viejos.

EDIPO.– Váyase, pues, aunque sea yo el que haya de morir o de ser desterrado sin honor de esta tierra. Son tus palabras doloridas, no las suyas, las que yo compadezco; dondequiera que esté, allí he de odiarle.

CREONTE.– Cediendo, eres rencoroso; hiriente, cuanto te excedes en tu ira. Estas naturalezas son, con justicia, las más molestas de llevar para sí mismas.

EDIPO.– Déjame y vete.

CREONTE.– Me iré; te he encontrado obcecado, pero para éstos soy el mismo.

(Se aleja Creonte)

Ant. 1

CREONTE.– *¿A qué esperas, señora, para hacerle entrar dentro?*

YOCASTA.– *A ver qué ha sucedido.*

CORO.– *Surgió una sospecha no segura; y también causa herida la injusticia.*

YOCASTA.– *¿Los dos se disputaron?*

CORO.– *Sí.*

YOCASTA.– Desentiéndete, Edipo, de las cosas que dices y entérate de que no hay ciencia humana que no tenga el don de la adivinación. Te voy a dar la pruba brevemente. Una vez le llegó un oráculo a Layo –no diré del propio Febo, pero sí al menos de sus servidores– diciendo que era su destino morir a manos del hijo que nacería de mí y de él. Pero a él, según fama, unos hombres extranjeros le dieron muerte en una encrucijada de caminos, y desde el

nacimiento de su hijo no pasaron tres días, cuando Layo, atándole los pies, hizo que le arrojaran a un monte inaccesible. Así Apolo no dejó que el niño fuera asesino de su padre ni tampoco que Layo, cual temiera, muriera a manos de su hijo. Estos fueron los avisos del oráculo, de los cuales no debes cuidarte; pues aquello que un dios considera necesario, lo saca él mismo fácilmente a la luz.

EDIPO.– ¡Qué inquietud del alma, qué turbación me ha sobrevenido, esposa mía, al escucharte ahora!

YOCASTA.– ¿Qué pensamiento te ha alterado para hablar así?

EDIPO.– Me ha parecido oírte que el rey Layo fue asesinado en un encuentro de caminos.

YOCASTA.– Así se dijo entonces y no ha dejado de decirse.

EDIPO.– ¿Y dónde está el lugar en que ello sucedió?

YOCASTA.– El país se llama Fócide; allí se juntan los caminos de Delfos y de Daulis.

EDIPO.– ¿Cuánto hace que ocurrió?

YOCASTA.– Poco antes de alcanzar tú el trono de Tebas fue anunciado esto a la ciudad.

EDIPO.– ¡Oh, Zeus! ¿Qué has decidido hacer conmigo?

YOCASTA.– ¿Qué es esto, Edipo, que te viene a la memoria?

EDIPO.– No me preguntes todavía. ¿Qué aspecto tenía Layo, qué edad?

YOCASTA.– Era alto y hacía poco le habían nacido canas; su aspecto no difería mucho del tuyo.

EDIPO.– Desgraciado de mí; me parece que no me he dado cuenta hace un momento de que contra mí mismo profería terribles maldiciones.

YOCASTA.– ¿Cómo dices? Tiemblo al mirarte, rey.

EDIPO.– Terrible desánimo me invade, no sea vidente el adivino. Pero mejor me lo harás ver si me dices una cosa.

YOCASTA.– Tengo miedo, pero responderé a lo que preguntes.

EDIPO.– ¿Marchaba solo o con escolta numerosa, como un rey?

YOCASTA.– Cinco eran en total, entre ellos un heraldo; sólo había un coche, el que llevaba a Layo.

EDIPO.– ¡Ay, esto ya está claro! ¿Mas quién era, señora, el que hizo este relato?

YOCASTA.– Un esclavo, el solo que se salvó y volvió.

EDIPO.– ¿Está ahora en el palacio?

YOCASTA.– No en verdad; cuando llegó él de allí y vio que tú tenías el poder y Layo estaba muerto, me suplicó, tomándome la mano, que le enviara al campo como pastor de los rebaños, para estar lo más lejos de la vista de Tebas. Yo le envié, pues era digno, para ser un esclavo, de obtener este favor y otro más grande.

EDIPO.– ¿Cómo podría venir a toda prisa?

YOCASTA.– Es fácil, ¿mas por qué lo deseas?

EDIPO.– Temo señora, haber hablado demasiado; por eso quiero verlo.

YOCASTA.– Bien, vendrá; pero también yo soy merecedora, rey, de saber la inquietud que hay en ti.

EDIPO.– No te he de privar de ello, una vez que he llegado a este presentimiento. ¿Pues a quién hablaría mejor que a ti en este trance? Era mi padre, Pólibo, el corintio, y Mérope, mi madre, de la Dóride. Yo era considerado como el primero de los ciudadanos hasta que me ocurrió un suceso digno de admiración, si bien no del calor que puse en él. Un hombre ebrio me dijo en un banquete que yo no era hijo verdadero de mi padre. Yo, vejado, apenas me contuve; y al otro día fui a mis padres y les hice la pregunta; y ellos se dolieron de la ofensa del que dejó escapar aquella afirmación. Yo me alegré por ellos, pero aquello me escocía continuamente; pues me llegó a lo vivo. A escondidas de mi padre y mi madre, me encaminé hacia Delfos; y Febo, a lo que preguntaba, nada me respondió, mas reveló otras cosas llenas de miseria, de horror y de dolor: que yo debía unirme con mi madre y haría nacer hijos cuya vista los hombres no podrían soportar y había de ser el asesino de mi padre. Cuando esto oí, huí de Corinto guiándome por las estrellas, a donde jamás viera cumplirse la vergüenza de mi oráculo. Andando, llegué a aquellos lugares en que dices que murió vuestro rey. Voy a decirte la verdad, señora. Cuando llegaba cerca de aquella encrucijada vi que hacia mí venían un heraldo y un hombre que montaba en un coche de potros cual tú dices; y el que venía delante y el anciano mismo quisieron apartarme por la fuerza del camino. Yo golpeé con ira al que me echaba fuera, al cochero, y al verlo el

viejo, aguardando a que pasara, me clavó desde el coche su aguijón de dos púas en mitad de la cabeza. *No sufrió igual castigo, pues al punto le golpeé con* mi bastón y, rodando del coche, cayó en el suelo boca arriba. Luego di muerte a los demás. Si aquel extranjero tiene que ver algo con Layo, ¿quién es más desdichado que yo? ¿Quién más odiado por los hombres? Sea extranjero o sea ciudadano, nadie puede en su casa recibirme, ni dirigirme la palabra, sino que deben expulsarme de su casa. Y nadie más que yo fue el que me lancé estas maldiciones. Y el lecho del muerto lo mancho con mis manos, por las que él murió. ¿No soy un vil y un hombre impuro? Puesto que he de huir y en mi destierro no he de ver a los míos ni pisar en mi patria o, en otro caso, he de casarme con mi madre y he de matar a Pólibo, que me engendró y crió. ¿No se podría decir que todo esto ha sido maquinado contra mí por un dios lleno de crueldad? ¡Que no vea yo, oh dioses puros, *venerables, que no vea yo* ese día, sino desaparezca de la vista de los hombre antes de ver que cae sobre mí una tal mancha de infortunio!

Corifeo.– Todo esto, rey, nos causa miedo; pero en tanto te enteres bien escuchando al testigo, ten esperanza.

Edipo.– Esto sólo me queda de esperanza, aguardar al pastor.

Yocasta.– Y cuando se presente, ¿qué pretendes hacer?

Edipo.– Te lo voy a decir; si dice igual que tú habré escapado del desastre.

YOCASTA.– ¿Qué me oíste que llame tu atención?

EDIPO.– Dijiste que afirmó que unos bandidos le mataron. Si dice aún igual número, no le he matado yo; pues uno solo no puede ser igual a muchos. Pero si habla de un hombre solitario, no hay duda de que el crimen es mío.

YOCASTA.– Está seguro de que su relato fue en esos términos y no le es ya posible retirarlo; la ciudad toda ha oído esto, no solo yo. Pero si se desdice de su antiguo relato, en todo caso no probará que la muerte de Layo sucediera conforme a la respuesta del oráculo, puesto que Apolo dijo que había de morir a manos de mi hijo. Y, sin embargo, no fue aquel infortunado quien le dio muerte, sino que él mismo murió antes. Por tanto, en lo que toca a los óraculos, no me interesa si dicen una cosa o la contrarían luego.

EDIPO.– Dices bien. Sin embargo, manda a alguien que busque al siervo y no descuides este asunto.

YOCASTA.– Lo mandaré enseguida; mas vamos al palacio: nada quiero hacer yo contra tu gusto.

(Entran en palacio)

CORO

Est. 1 *Ojalá fuera mi destino*
la pureza piadosa en las palabras
y en las acciones todas, cuya leyes
sublimes han nacido
en el éter celeste, cuyo padre
es el Olimpo solo; que la raza
mortal de los humanos

no las dio a luz; nunca el olvido las dormirá;
hay en ellas un dios que no envejece.
Ant. 1 *Orgullo engendra tiranía;*
el orgullo se sacia con exceso
de lo que no es prudente ni oportuno;
escala las almenas
y se lanza al peligro del abismo
en el que no es de utilidad de pie.
Mas la rivalidad
que a la ciudad da honra Dios la conserve siempre.
Siempre a Dios tendré por protector.
Est. 2 *Mas si alguien con sus manos o palabras*
procede con desprecio,
sin miedo a la Justicia
ni respeto a los dioses,
destino infame le sorprenda
por su orgullo perverso.
Si no gana en justicia su ganancia
y se aleja a sí mismo de lo impío,
o si toca soberbio lo que es santo,
¿qué hombre que haga esto podrá jamás jactarse
de huir las flechas de los dioses?
Pues si esos crímenes reciben honra,
¿a qué danzar mi danza sacra?
Ant. 2 *Ya no iré reverente al inviolable ombligo de la tierra,*
Delfos, ni al templo de Abas,
ni tampoco iré a Olimpia
si esto no queda desvelado
a los ojos mortales.
Mas, ¡oh, señor!, si así te invoco bien,
Zeus siempre rey, no escape a tu mirada
ni a tu imperio inmortal.
Pues perecen los viejos oráculos de Layo

y ya los miran como vanos
se acaba el culto de los dioses.

(Sale Yocasta del palacio)

YOCASTA.– Nobles de Tebas, me ha venido el pensamiento de visitar los templos de los dioses, portadora de ramos suplicantes y de ofrendas de incienso; pues Edipo deja su corazón agitarse en exceso con toda clase de aflicciones; y no interpreta los sucesos nuevos con ayuda de los viejos, como un hombre prudente, sino que está a merced de cualquiera que hable, si habla miedo. Como con mis consejos nada logro, Apolo Licio, vengo cual suplicante –pues eres el más próximo– con estos símbolos, a fin de que nos busques una liberación de la impureza; que ahora tememos todos, al ver al rey temblando, al igual que se teme cuando se ve temblar al piloto de la nave.

(Llega el mensajero)

MENSAJERO.– ¿Podríais decirme, oh extranjeros, dónde está el palacio de Edipo? O, mejos, decidme dónde se encuentra él, si lo sabéis.

CORIFEO.– Este es, extranjero, y él se halla dentro; ésta es la madre de sus hijos.

MENSAJERO.– Sea feliz y felices los suyos, si en verdad es su legítima esposa.

YOCASTA.– E igual tú, extranjero, pues eres digno de ello por tu cortesía. Mas di por qué has venido y qué deseas anunciar.

MENSAJERO.– Cosas buenas, señora, para tu casa y tu marido.

YOCASTA.– ¿Cuáles? ¿Y de quién vienes?

MENSAJERO.– De Corinto. Lo que voy a decir te alegrará –¿cómo no sería así?–, pero quizás te apene.

YOCASTA.– ¿Qué es? ¿Cómo tiene esa doble cualidad?

MENSAJERO.– Los habitantes del país del Istmo van a hacerlo su rey, según se decía allí.

YOCASTA.– ¿Cómo? ¿No continúa en el trono el viejo Pólibo?

MENSAJERO.– No, pues la muerte le ha llevado al sepulcro.

YOCASTA.– ¿Qué has dicho? ¿Murió Pólibo, anciano?

MENSAJERO.– Si no hablo la verdad, me someto a morir.

YOCASTA.– Esclava, entra al punto y di esto al rey. Oráculos divinos, ¿dónde estáis? ¡De miedo de matarle, se ha desterrado Edipo; y ahora ha muerto a manos del azar y no a las suyas!

(Sale Edipo del palacio)

EDIPO.– ¡Oh, Yocasta, mi querida mujer! ¿Para qué me has llamado del palacio?

YOCASTA.– Oye a este hombre y mira, tras oírle, adónde han ido los sagrados oráculos del dios.

EDIPO.– ¿Quién es y qué me dice?

YOCASTA.– Es de Corinto; ha venido a anunciarte que ya no existe Pólibo, tu padre, sino que ha muerto.

EDIPO.– ¿Qué dices, viejo? Explícate tú mismo.

MENSAJERO.– Si debo anunciar esto lo primero, sabe que aquél ha muerto.

EDIPO.– ¿Víctima de traición o enfermedad?

MENSAJERO.– Un leve contratiempo es suficiente para que muera un viejo.

EDIPO.– Según parece, murió de enfermedad.

MENSAJERO.– Y de los muchos años que tenía.

EDIPO.– ¡Ay! ¿Cómo podría uno hacer caso del altar de Febo el adivino, o de las aves que cantan en el cielo, según las cuales yo debía dar muerte a mi padre? Muerto, esta envuelto en la tierra; y yo aquí, en Tebas, no he tocado la espada; si es que no ha muerto de dolor por mi ausencia; así, quizá, habrá muerto por mi causa. En fin, ya yace Pólibo en la casa de Hades, llevándose consigo los antiguos oráculos, que valían bien poco.

YOCASTA.– ¿No te decía yo esto hace ya tiempo?

EDIPO.– Sí lo decías, pero yo me extraviaba por el miedo.

YOCASTA.– No te cuides ahora de nada de estas cosas.

EDIPO.– ¿Y cómo no temer al lecho de mi madre?

YOCASTA.– ¿Por qué ha de estar sujeto a miedo el hombre, que es gobernado por los casos del azar y no tiene presciencia clara de ninguna cosa? Mejor es vivir a la ventura, como cada uno pueda. Tú no temas a la boda con tu madre; son muchos los que en sueños se han unido a su madre. El que a estas cosas no da valor, vive más fácilmente.

EDIPO.– Esto estaría bien dicho si no viviera ya mi madre; pero, puesto que vive, es fuerza, aunque hables bien, temer.

YOCASTA.– Pero la muerte de tu padre es un gran signo de esperanza.

EDIPO.– Grande, lo reconozco; mas me da miedo el que ella viva.

MENSAJERO.– ¿Por qué mujer teméis?

YOCASTA.– Por Mérope, ¡oh, anciano!, que era esposa de Pólibo.

MENSAJERO.– ¿Y qué hay en ella que os dé miedo?

YOCASTA.– Un cruel oráculo divino, extranjero.

MENSAJERO.– ¿Puede decirse? ¿O no está permitido que lo sepa otro?

EDIPO.– Sí lo está; me dijo Apolo en otro tiempo que había de unirme con mi madre y verter con mis manos la sangre de mi padre. Por eso ha mucho años que vivo lejos de Corinto; con fortuna, en verdad, mas, sin embargo, es lo más dulce el contemplar los ojos de los padres.

MENSAJERO.– ¿Por miedo a esto vives en el destierro?

EDIPO.– Para no ser, anciano, el asesino de mi padre.

MENSAJERO.– ¿Por qué? ¿No te he librado ya de ese miedo, oh rey, pues he venido como amigo?

EDIPO.– En verdad, tendrías de mí la gratitud que ello merece.

MENSAJERO.– Para eso vine sobre todo: para que al regresar tú a casa sacara algún provecho.

EDIPO.– Jamás iré a reunirme con mis padre.

MENSAJERO.– Hijo, veo que no sabes lo que haces...

EDIPO.– ¿Por qué, anciano? Dímelo, por los dioses.

MENSAJERO.– ...si por eso no quieres ir a casa.

EDIPO.– Es por miedo a que Febo sea verídico.

MENSAJERO.– ¿A cometer un crimen con tus padres?

EDIPO.– Esto es, anciano, esto es lo que me aterra siempre.

MENSAJERO.– ¿Sabes que no tienes razón para temer a nada?

EDIPO.– ¿Cómo no he de tenerla, si he nacido de estos padres?

MENSAJERO.– Pólibo no tenía ninguna relación con tu familia.

EDIPO.– ¿Cómo dijiste? ¿No fue Pólibo mi padre?

MENSAJERO.– No más que yo: igual.

EDIPO.– ¿Cómo el que me engendró va a serlo igual que el que no es nada?

MENSAJERO.– Ni aquel ni yo te hemos engendrado.

EDIPO.– Entonces, ¿por qué me llamó hijo?

MENSAJERO.– Te recibió, sábelo bien, cual un presente de mis manos.

EDIPO.– ¿Y recibiéndome de mano extraña, me amó luego en tal grado?

MENSAJERO.– Su falta de hijos fue lo que le movió.

EDIPO.– ¿Me habías comprado o hallado por azar?

MENSAJERO.– Te había encontrado en los repliegues de los valles del Citerón.

EDIPO.– ¿Y por qué recorrías aquellos sitios?

MENSAJERO.– Apacentaba los rebaños en los montes.

EDIPO.– ¿Eras pastor, un hombre errante que trabaja por jornal?

MENSAJERO.– Pero también tu salvador, mi hijo, en aquel tiempo.

EDIPO.– ¿Y qué dolor sufría cuando me tomaste en brazos?

MENSAJERO.– Tus tobillos podrían atestiguarlo.

EDIPO.– ¡Ay de mí! ¿Por qué me hablas de esa vieja miseria?

MENSAJERO.– Te liberé: tenías atravesados los tobillos.

EDIPO.– Fue un cruel ultraje el que saqué de mis pañales.

MENSAJERO.– Tanto, que de este caso recibiste tu nombre.

EDIPO.– ¿Quién me infirió el ultraje? ¿Fue mi padre o mi madre? Dímelo, por los dioses.

MENSAJERO.– No sé; el que entregó a mí lo conoce mejor.

EDIPO.– ¿Me recibiste de otro y no me hallaste por azar?

MENSAJERO.– No; otro pastor te entregó a mí.

EDIPO.– ¿Quién fue? ¿Sabes decírmelo?

MENSAJERO.– Decían que era uno de los siervos de Layo.

EDIPO.– ¿Del que era antiguamente el rey de este país?

MENSAJERO.– El mismo; un pastor de él.

EDIPO.– ¿Y está aún vivo para poder yo verle?

MENSAJERO.– Vosotros, los de aquí, sois quienes podéis mejor saberlo.

EDIPO.– ¿Existe alguno de los aquí presentes que conozca al pastor de que habla, de haberle visto en el campo o aquí? Decidlo, que es el momento de que esto se descubra.

CORIFEO.– Creo que no es otro que aquel hombre del campo que antes quisiste ver; pero Yocasta, aquí presente, es quien mejor podrá decírtelo.

EDIPO.– ¿Señora, te acuerdas de aquel hombre que hace poco queríamos que viniera? ¿Habla de él éste?

YOCASTA.– ¿Qué importa de quién habla? No te cuides de ello. No te acuerdes siguiera, vanamente, de las cosas que ha dicho.

EDIPO.– No puede ser que yo, conociendo estos indicios, deje de descubrir mi origen.

YOCASTA.– Por los dioses, si te importa algo de tu vida, no investigues nada de esto; bastante es mi desgracia.

EDIPO.– Ten valor: aunque resulte ser esclavo tres veces, hijo de tres generaciones de esclavos, no por eso serás tú mal nacida.

YOCASTA.– Sin embargo, hazme caso, te lo ruego; no hagas eso.

EDIPO.– No haré caso en dejar de averiguarlo.

YOCASTA.– Te lo digo porque sé lo que más te conviene.

EDIPO.– Lo que más me conviene me es causa de dolor hace ya tiempo.

YOCASTA.– ¡Desgraciado! ¡Ojalá no llegues a saber quién eres!

EDIPO.- Que vaya uno y me traiga a ese pastor. A ésta, dej' la que disfrute con su estirpe adinerada.

YOCASTA.– ¡Ay, desgraciado! Pues esto solo puedo yo llamarte y nada más ya nunca.

(Yocasta entra en el palacio)

CORIFEO.– ¿Por qué ha marchado, Edipo, la mujer, dominada por un dolor violento? Tengo miedo de que de este silencio nazcan males.

EDIPO.– Que nazcan los que quieran; yo quiero conocer mi estirpe, aunque sea miserable. Esta sin duda, orgullosa cual mujer, tiene vergüenza de mi bajo nacimiento. Yo, en cambio, me considero hijo de la fortuna benévola y no recibiré ningun desdoro. Ella es mi madre; y los meses, mis hermanos, me han hecho ya pequeño, ya grande. Tal nací y no he de hacerme diferente; así que no hay motivo para no averiguar mi nacimiento.

CORO

Est. 1 *Si adivino soy yo y de mente sabia,*
no dejará, por el Olimpo,
de darte honor, ¡oh Citerón!, Edipo,
la luna llena de mañana, pues de él eres a un tiempo
patria, nodriza y madre.
Te cantará mi coro, pues a mis reyes eres grato.
¡Oh Febo salvador, todo esto de tu agrado sea!

Ant. 1 *¿Quién, niño, te dio a luz de entre las ninfas,*
unida al dios de las montañas,
al padre Pan? ¿O acaso fue una amante,
de Apolo, que recorre todos los altos pastizales?
Quizá el dios del Cilene
o Baco que en las cumbres mora, de alguna
de las ninfas
del Helicón sus compañeras, te aceptó cual presente.

EDIPO.– Si yo, que no le he conocido nunca, puedo conjeturarlo, creo ver al pastor que hace tiempo buscamos. Su gran vejez resulta acorde con la de este mensajero; además, reconozco a los que le condu-

cen como criados míos; mas quizá tú tengas ventaja para reconocerle, pues que viste otras veces al pastor.

(Llega el Pastor)

CORIFEO.– Le reconozco, está seguro; era un fiel pastor de Layo, tanto como el que más.

EDIPO.– Te pregunto, extranjero de Corinto: ¿te refieres a éste?

MENSAJERO.– Sí; a éste que ves.

EDIPO.– Mírame y contesta, anciano, lo que yo te pregunte. ¿Eras de Layo?

SIERVO.– Sí; era un esclavo no comprado, sino criado en casa.

EDIPO.– ¿Y de qué te ocupabas o cuál era tu vida?

SIERVO.– La mayor de mi vida fui pastor.

EDIPO.– ¿Y qué lugares frecuentabas más?

SIERVO.– Ya el Citerón, ya sus cercanías.

EDIPO.– ¿No conoces a éste de haberlo visto allí?

SIERVO.– No; al menos, no puedo asegurarlo de prisa y de memoria.

MENSAJERO.– Nada tiene de extraño, señor; pero yo le haré acordarse claramente, aunque no me reconozca. Pues bien sé que se acuerda de cuando yo era su vecino en el Citerón seis meses, desde la primavera hasta el otoño; yo tenia dos rebaños y él uno; en invierno, llevaba mis rebaños a mi aprisco y él al de Layo. ¿Hay algo de esto que no sea verdad?

SIERVO.– Dices verdades, aunque del tiempo antiguo.

MENSAJERO.– Di ahora: ¿recuerdas que me diste un niño a fin de que lo criara como hijo?

SIERVO.– ¿Qué es esto? ¿Por qué me lo preguntas?

MENSAJERO.– Este es, amigo, el que entonces era un niño.

SIERVO.– ¿No te irás a la ruina? ¿No callarás?

EDIPO.– No le reprendas, viejo; son tus palabras más que las suyas las que merecen reprensión.

SIERVO.– ¿En qué yerro, mi querido señor?

EDIPO.– No hablando de aquel niño por el que te pregunta.

SIERVO.– Es que habla sin saber; pero se esfuerza en vano.

EDIPO.– Veo que no hablarás por complacernos, lo habrás de hacer llorando.

SIERVO.– ¡No me des el tormento, soy un viejo!

EDIPO.– ¡De prisa! ¡Que uno le ate las manos!

SIERVO.– ¡Miserable de mí! ¿Por qué? ¿Qué deseas saber?

EDIPO.– ¿Le diste el niño por el que pregunta?

SIERVO.– Sí, se lo di; ¡ojalá hubiera muerto yo aquel día!

EDIPO.– Ya te llegará eso, si no me dices la verdad.

SIERVO.– Mucho más moriré si te la digo.

EDIPO.– Este hombre nos está haciendo perder tiempo.

SIERVO.– No es verdad; ya dije que lo di.

EDIPO.– ¿Y de dónde te vino? ¿Era hijo tuyo o alguien te lo dio?

SIERVO.– No era mío; lo recibí de alguien.

EDIPO.– ¿De qué tebano? ¿De qué casa?

SIERVO.– Por los dioses, señor, no me preguntes más.

EDIPO.– Date por muerto, si me haces repetir esa pregunta.

SIERVO.– Era un hijo...de la casa de Layo.
EDIPO.– ¿Un esclavo? ¿O uno de su familia?
SIERVO.– ¡Ay! ¡Estoy ante lo más horrible de decir!
EDIPO.– Y yo de oír. Pero hay que oírlo, sin embargo.
SIERVO.– Decían que era su hijo; pero tu mujer, que está ahí dentro, podría decir mejor si ello es así.
EDIPO.– ¿Te lo dio ella?
SIERVO.– Sí, rey.
EDIPO.– ¿Y para qué?
SIERVO.– Para matarlo.
EDIPO.– ¿Su hijo, la desgraciada?
SIERVO.– Por miedo a oráculos infaustos.
EDIPO.– ¿Cuáles?
SIERVO.– Se dijo que mataría a su padre.
EDIPO.– ¿Y por qué se lo diste tú a este viejo?
SIERVO.– Fue por piedad, señor, esperando que le llevara a otro país, al suyo; pero él le ha salvado para un destino infausto. Pues si eres ése de quien habla, sabe que has nacido infortunado.
EDIPO.– ¡Dolor por mí! Todo está claro. ¡Oh, luz, esta es la última vez que quiero verte, pues que todos han visto que he nacido de los que no debía, he tenido trato con los que no debía y que he matado a los que no debía.

(Edipo entra en palacio)

CORO

Est. 1 *¡Generaciones de los hombres,*
cómo os juzgo viviendo una vida que no es vida!
¿Pues quién, qué hombre obtiene mayor felicidad

que la sola apariencia
y, luego ya, la muerte?
Delante de tu ejemplo y tu destino,
el tuyo, Edipo infortunado, a ningún hombre
considero feliz.
Ant. 1 *Él, más certero que ninguno,*
lanzó su flecha y se hizo dueño de la más
próspera fortuna,
¡oh Zeus!, dando muerte
a la virgen con garras,
la cantora de enigmas,
y la muerte de Tebas,
cual muralla, alejó. Tú desde entonces
eres rey nuestro y recibiste honor rigiendo a
Tebas gloriosa.
Est. 2 *Ahora, en cambio, ¿quién más triste que tú?*
¿Quién en más infortunio, en más dolores
en el reverso de tu vida?
Dolor por el glorioso Edipo,
a quien un vasto puerto
ha bastado él solo
como hijo y como padre, ¡como esposo!
¿Cómo el campo sembrado por tu padre te
pudo soportar
tanto tiempo en silencio, desgraciado?
Ant. 2 *Te ha descubierto el tiempo omnividente;*
ha juzgado a la boda que no es boda, en que
uno mismo es padre e hijo.
Dolor por tí, hijo de Layo.
¡Ojalá, ojalá nunca
te hubiera visto yo!
Es cual canto de duelo el que yo lanzo
de mi boca. Pues, por decir lo justo, tú me

diste el descanso,
a tí debí el poder dormir mis ojos.

(Sale el Mensajero 2º)

MENSAJERO 2º.– ¡Oh vosotros, los que más honra recibís en esta tierra, qué cosas vais a oir, cuáles a ver, qué duelo no tendréis si aún, como tebanos, os importa la familia de Lábdaco! Pues yo creo que ni el Istro ni el Fasis pueden purificar este palacio de los horrores que ahora guarda ni de los que mostrará a la luz, horrores voluntarios y no involuntarios. De las desgracias, son las que duelen más las de libre elección.

CORIFEO.– Lo que ya conocíamos no dejaba de merecer lamentación. A ello, ¿qué añades?

MENSAJERO 2º.– Para decirlo y que te enteres de la forma más breve; ha muerto nuestra reina Yocasta.

CORIFEO.- ¡Infortunada! ¿Por qué causa?

MENSAJERO 2º.– A manos de sí misma. De lo que sucedió, los más penoso os falta, pues no lo contempláis. Con todo, en lo que alcanza mi memoria, te contaré la muerte de aquella desgraciada. Cuando, fuera de sí, atravesó el vestíbulo, marchó derecha a su lecho de esposa, arrancándose el cabello con los dedos de sus manos; y cuando entró, cerrando la puerta con violencia, invocó al viejo Layo, ahora un cadáver, y recordó su antigua unión por la cual él murió y dejó a la madre procreación infausta para sus propios hijos. Lloraba por su lecho, donde, dos veces desgraciada, dio a luz de un marido otro

marido, e hijos de hijos. Cómo murió tras esto, no lo sé; entonces irrumpió gritando Edipo y por su causa no me fue posible contemplar la muerte de ella, sino que dirigimos las miradas a él, que iba de un lado a otro. Iba y venía reclamando una espada y preguntando dónde estaba su madre, doble campo en que nacieron él y sus hijos. Alguno de los dioses se la mostró al rey enloquecido; ninguno de los hombres que estábamos allí. Con un grito salvaje, cual si alguien le guiara, se lanzó contra la puerta de dos hojas y, arrancando los goznes de sus quicios, penetró en la alcoba; allí vimos ahorcada a su mujer, sujeta de una soga oscilante. Al verla, con un grito de horror soltó la soga suspendida. Y cuando la infeliz yació en el suelo, fue terrible de ver lo que vino después. Quitó del vestido de ella un broche de oro con el que lo prendía, se hirió los ojos en sus cuencas gritando de este modo: «que así no le verían los males que sufrió ni los que hizo, y que, en adelante, él vería en las tinieblas a los que no debía ver y no conocería a los que buscaba conocer». Con esta imprecación, alzó la mano y golpeó sus ojos; y sus globos sangrientos mancharon su mejillas. No dejaban correr gotas de sangre húmedas, sino que, a un tiempo, negra lluvia sangrienta, cual granizo, se derramó. Estos horrores han nacido de dos, no de uno solo; son comunes al marido y su esposa. Su antigua dicha era en un tiempo dicha verdadera; pero ahora en este día llanto, castigo, muerte, infamia, todos los nombres de los males, ninguno falta.

CORIFEO.– ¿Y ahora, el desgraciado descansa de su mal?

MENSAJERO 2º.– Nos pide abrir las puerta, nos pide que mostremos a los tebanos todos al parricida, al de su madre... –no puedo repetir esa palabra impura–; dice que va a desterrarse y que no se quedará maldito en el palacio, bajo su propia maldición. Mas necesita de alguien que le guíe: su mal no puede soportarse. Te lo hará ver a ti; se abren las puertas del palacio y vas a contemplar un espectáculo tal, que aun aquel que le odiara tendría piedad por él.

(Sale Edipo, ciego)

CORO.– *¡Oh infortunio de contemplar terrible,*
de cuantos yo he encontrado el más horrible!
¿Qué locura ha hecho presa, oh desgraciado,
de ti? ¿Cuál es el dios que ha dado un salto
mayor que los más largos y ha caído
en tu destino infortunado!
¡Ay de ti, desgraciado!
No puedo ni mirarte, aun deseando
más cosas inquirir y preguntar,
más cosas ver.
Tal es el miedo que me causas.

EDIPO.– *¡Ay, ay, oh, oh, desgraciado de mí!*
¿Adónde voy el mísero? ¿Adónde
vuela mi voz llevada por el aire?
¡Destino mío, dónde has llegado?

CORIFEO.– A algo terrible, que no se puede oír ni ver.

Est. 1

EDIPO.– *¡Ay de la oscuridad*
nube mía que estremece, que me envuelve indecible,
invencible, traída por viento de dolor!
¡Ay, ay!
¡Ay otra vez! ¡Cuál me atraviesa a un mismo tiempo
el dolor de la herida y el terrible recuerdo!

CORIFEO.– Nada de extraño tiene que en estos infortunios llores dobles dolores y sufras dobles males.

Ant. 1

EDIPO.– *¡Ay, ay, amigo mío!*
Tú eres aún mi amigo fiel, pues todavía
te quedas a mi lado y te cuidas de mí.
¡Ay, ay!
No te me ocultas, pues que conozco claramente,
aunque ahora yo esté ciego, por lo menos tu voz.

CORIFEO.– Hiciste algo terrible. ¿Cómo osaste tus ojos así apagar? ¿Cuál de los dioses te incitó?

Est. 2

EDIPO.– *Fue Apolo, amigos míos, fue Apolo el que estos males, estos mis males trajo,*
estos mis sufrimientos.
Mas nadie hirió mis ojos más que yo, el desgraciado.
¿Por qué debía ver yo,
que nada dulce ver podría con mi mirada?

CORIFEO.– ¡Triste de ti, pues que conoces tu infortunio!
¡Cómo hubiera querido no haberte conocido!

Ant. 2

EDIPO.– *Muriera el que quitó la cruel atadura*
de mis pies en el monte y así de aquella muerte
me libró y me salvó. Favor que no agradezco.
Si hubiera muerto entonces,
no sería un tal dolor para mí y mis amigos.

CORO.– *Eso hubiese querido*

EDIPO.– *No habría sido asesino*
de mi padre, ni esposo
de la que me dio el ser.
Ahora soy un maldito de los dioses,
hijo de madre impura y esposo de mi madre.
Y si hay un infortunio que sea mayor que otro,
a Edipo en suerte ese ha tocado.

CORIFEO.– No puedo yo decirte que obraras cuerdamente, pues te sería mejor no ser que vivir ciego.

EDIPO.– No me enseñes que no es lo mejor esto que he hecho ni me des más consejos. Porque no sé con qué ojos mirando hubiera contemplado a mi padre, cuando, muriendo, llegase a la mansión de Hades, ni tampoco a mi madre desdichada, pues con ambos he realizado crímenes que no se pagan con la horca. ¿Y acaso era deseable la vista de mis hijos, nacido cual nacieron? No con mis ojos; ni la ciudad, ni sus murallas, ni las estatuas de los dioses; de todas estas cosas yo, el más noble de los hijos de Tebas, me he privado a mí mismo al decir yo mismo que todos se apartaran del impío, del que los dioses han declarado impuro y de la raza de Layo. Tras dejar ver en mí esta mancha, ¿podría mirarlos de frente con mis ojos? Jamás; y si pudiera ..rrarse la fuente del

oír, que fluye en los oídos, no hubiera yo dejado de cerrar a ella mi cuerpo a fin de convertirme en ciego y sordo; pues es dulce que el pensamiento viva apartado de los males. ¡Oh Citerón! ¿Por qué me recibiste? ¿Por qué no me mataste al punto, a fin de no mostrar ante los hombres de quién había nacido? ¡Oh Pólibo y Corinto, y el que decían viejo palacio de mis padres, cuál me criasteis: una bella apariencia que ocultaba, como una cicatriz cerrada en falso, cosas infaustas! Ahora soy un impuro hijo de impuros. ¡Oh encrucijada, valle oculto, encinar, angostura del camino que bebisteis la sangre de mi padre, la mía, de mis manos! ¿Recordáis acaso qué cosas hice ante vosotros y cuáles hice luego aquí viniendo? ¡Oh boda, boda, me diste el ser y luego mi diste hijos a mí y diste a luz padres, hermanos, hijos, sangre de familia, desposadas, mujeres, madres y cuantas cosas más vergonzosas tienen lugar entre los hombres! Mas no está bien decir lo que no lo está hacer; llevadme fuera, por los dioses, y escondedme o matadme o arrojadme a la mar, allí donde no volváis a verme. Acercaos, dignaos tocar a un hombre desgraciado; prestadme oído, no temáis, pues mis desgracias nignuno de los hombres, salvo yo, puede sufrirlas.

CORIFEO.– Con oportunidad respecto a lo que pides, aquí llega Creonte para obrar y resolver, pues él solo ha quedado cual guardián del país en tu lugar.

(Llega Creonte)

EDIPO.– ¡Ay! ¿Qué palabras le diré? ¿Qué podré hacer para inspirarle confianza? Porque antes he resultado injusto en todo contra él.

CREONTE.– Edipo, no he venido a mofarme de ti, ni tampoco a injuriarte por tus faltas. Pero si no tenéis respeto a los hijos de los hombres, reverenciad al menos la llama del dios Helios, que todo los alimenta; no dejéis ver así, al descubierto, a este ser impuro, pues ni la tierra, ni la lluvia sagrada, ni la luz le sufren. Metedle presto en el palacio; pues solo la familia puede, sin faltar a la piedad, ver y escuchar los males de los suyos.

EDIPO.– Por los dioses, puesto que me has quitado mi temor viniendo, tú el más noble, a mí, el más vil, concédeme una gracia; pues es en tu favor, no en el mío.

CREONTE.– ¿Qué quieres obtener de mí?

EDIPO.– Echame pronto del país, donde no pueda hablarme ninguno de los hombres.

CREONTE.– Lo hubiera hecho ya, sábelo bien, si no quisiera preguntar al dios qué debe hacerse.

EDIPO.– Ya se nos dijo su respuesta; que pereciese el parricida, yo, el hombre impuro.

CREONTE.– Así se dijo; sin embargo, en esta situación, es preferible preguntarle qué hay que hacer.

EDIPO.– Así, ¿vais a pedirle una respuesta sobre un infortunado como yo?

CREONTE.– Sí; tú ahora creerás al dios, seguramente.

EDIPO.– Sí; y te encomiendo y te suplico que entierres en la forma que quieras a la que está en la casa;

pues con justicia puedes disponer el entierro de los tuyos. En cuanto a mí, jamás esta ciudad, cuna de mi familia, me cuente entre sus habitantes; deja que viva en las montañas, donde está el Citerón que llaman mío, que mi madre y mi padre me destinaron en vida cual mi tumba, para que muera según la voluntad de los que quisieron darme muerte. Mas, sin embargo, estoy seguro de esto: de que jamás pudo darme la muerte ni una enfermedad ni otra cosa alguna; pues habría muerto y no me habría salvado para una suerte tan cruel. Mas, ea, cúmplase mi destino, sea cualquiera. De mis hijos varones no te cuides, Creonte; son hombre, de forma que no carecerán, dondequiera que estén, de recursos de vida. Cuídame, en cambio, de mis pobres niñas, jamás mi mesa, en la comida, ha estado sin ellas; y cuanto yo tocaba, de ello tenían su parte. Déjame que las toque con mis manos y llore mi desdicha. ¡Ea, rey, ea, noble de nacimiento! Si las toco con las manos, creeré tenerlas, como cuando veía. ¿Qué digo? ¿No escucho a mis niñas queridas que lloran y Creonte, por piedad, me envió a las más queridas de entre mis hijos? ¿Digo verdad?

(Entran las niñas)

CREONTE.– La dices; yo he dispuesto esto así, conociendo el placer que tendrías, el que tuviste siempre.

EDIPO.– Que seas feliz y que en este camino te guarde un dios mejor que el que me guardó a mí. ¿Dónde

estáis, hijas mías? Llegaos a mí, venid a estas mis manos hermanas vuestras, que os han hecho el presente de que veáis así estos ojos, antes brillantes, del padre que os dió el ser; del que, mis hijas, sin verlo ni saberlo, he resultado padre vuestro e hijo de vuestra madre. Mi llanto es por vosotras –no puedo veros–; pienso en el resto de vuestra vida amarga, la que los hombre os harán vivir. ¿A qué reunión con la otras mujeres, a qué fiestas iréis de donde no volváis llenas de lágrimas en lugar en enteraros y ver ? Y cuando os llegue el tiempo de la boda, ¿quién será él? ¿Quién va a desafiar tales infamias, ruina para mis hijos y los vuestros? Pues, ¿qué desgracia falta? Vuestro padre dio muerte al suyo; y tuvo hijos de aquella que le dio a luz y os engendró en aquella de la que él nació. Tales infamias os echarán en cara: ¿quién será el que se case con vosotras? No existe, hijas; sino que, sin duda, os espera morir solteras y sin boda. ¡Hijo de Meneceo, puesto que eres el solo padre que les queda, pues nosotros, sus padres, hemos muerto, no dejes que marchen al azar como mendigas, sin marido, ellas que son de tu familia! ¡No las iguales a mi miseria! ¡Compadécete de ellas al verlas aún niñas sin ayuda de nadie salvo tú! ¡Dime que sí, Creonte generoso, ofreciéndome tu mano! A vosotras, mis niñas, si tuvierais ya discernimiento, yo os daría muchos consejos; pero ahora, haced conmigo esta plegaria: vivir donde el azar os lleve y encontrar mejor vida que el padre que os dio el ser.

CREONTE.– Ya son bastantes lágrimas; entra dentro.

EDIPO.– Fuerza es obedecer, aunque no lo deseo.

CREONTE.– Todo es bueno en su tiempo.

EDIPO.– ¿Sabes a qué precio entraré?

CREONTE.– Dilo, y entonces lo sabré.

EDIPO.– Al del destierro.

CREONTE.– Me pides algo que depende del dios.

EDIPO.– Yo soy el más odiado por los dioses.

CREONTE.– Bien; lo conseguirás.

EDIPO.– ¿Dices que sí?

CREONTE.– Lo que no pienso no acostumbro decirlo.

EDIPO.– Llévame ya.

CREONTE.– Echa a andar; suelta a las niñas.

EDIPO.– No me las quites.

CREONTE.– No quieras tener poder en todo; pues que las cosas en que lo tuviste no te ha seguido a lo largo de la vida.

CORIFEO.–

Habitantes de Tebas, mirad, éste es Edipo.
Descifrador de enigmas y hombre el más poderoso,
todos a su fortuna miraban con envidia.
¡Ved ahora a qué ola llegado ha de infortunio!
No juzquéis, pues, dichoso a otro mortal alguno
que no haya aún contemplado aquel último día
en tanto no termine su vida sin dolor.